

LANZAROTE: la agricultura como metáfora paisajística

El nacimiento y evolución de la agricultura en Lanzarote se ha visto fuertemente condicionado por la existencia de un marco físico-climático que tiene en la escasez de precipitaciones a su principal protagonista. Este hecho provoca la presencia de una agricultura de secano con unos niveles de adaptación al medio realmente notables. Una agricultura de secano que busca su articulación especial en torno a pequeñas propiedades que se atomizan considerablemente en el seno de estructuras con un alto nivel de arcaísmo (agricultura típicamente tradicional), donde la familia sigue siendo el eje en torno al que gira la producción, librándose de esta constante aquellas explotaciones surgidas a raíz de la crisis de la agricultura tradicional acaecida en torno a los 70 años e íntimamente relacionada con el funcionamiento del sistema obrero-campesino dentro del claro proceso de terciarización de la economía insular. Este fenómeno, de reciente implantación, ha permitido hasta cierto punto la pervivencia de una agricultura de bajos rendimientos productivos pero con un alto nivel estético y paisajístico, que se combina con los importantes rendimientos del cultivo exportador por excelencia: el cultivo de la cebolla.

ALFREDO DÍAZ GUTIÉRREZ
Licenciado en Geografía e Historia
Fotos: F. Rojas Fariña

Como apuntábamos con anterioridad, el marco físico-climático en la isla de Lanzarote es un factor casi determinante para el desarrollo del sector agrario lanzaroteño que alcanza unos niveles de peculiaridad y originalidad realmente notables.

Este medio físico está caracterizado por la existencia de una orografía llana y la presencia de suelos muy poco evolucionados que la mayoría de las veces serán tapizados por coladas y productos volcánicos recientes. A esto, hay que unir unas características climáticas que vienen determinadas por la escasez de precipitaciones, con niveles inferiores a los 200 mm., y con una media tomada de una serie climática de 30 años, que tan sólo alcanza los 140 mm. anuales.

Tendríamos también que hablar de los altos niveles de insolación y las consiguientes temperaturas, si acaso suavizadas por la presencia casi continua de los vientos, del sector nor-noreste y su claro efecto termoregulador.

Partimos por tanto, de un medio físico climático que puede ser calificado

de hostil para el desarrollo del sector agrario, sobre todo cuando éste permanece estancado en un estadio tradicional y arcaico, sin que existan apenas innovaciones.

A pesar de estos impedimentos, sobre la geografía insular tiene desarrollo una agricultura de cierta importancia económica y sobre todo humana y paisajística. Una agricultura típica de secano pero con unas peculiaridades propias que la individualizan, poniéndose de manifiesto a través de la existencia de unas originalísimas, formas y sistemas de cultivo que dan al paisaje insular un encanto realmente particular.

En medio de esta situación poco propicia para el desarrollo de la agricultura va a surgir la imaginación de la creatividad del campesino isleño; profundo conocedor de su medio y que en contacto directo con él ha llegado a un "pacto casi sagrado" descubriendo su intimidad, lo que ha dado como resultado la existencia de este paisaje agrario lanzaroteño tan característico, para cuyo análisis se hace del todo necesario establecer una triple diferenciación entre zona norte, centro y sur, comarcas perfectamente diferenciadas pero con una característica común: la originalidad del paisaje donde la agricultura es la metáfora más contundente del mismo.





Descamisada de cebollas.

COMARCAS NATURALES

LA ZONA NORTE.— Ocupa prácticamente los términos municipales de Haría y gran parte del de Tegui. Si tuviésemos que buscar unos límites físicos, esta amplia zona norte estaría encuadrada entre la punta de Fariones, en el extremo más oriental de la isla, y el Barranco de las Piletas en las proximidades del risco de Las Nieves. Extensa zona que llevará implícita una diferenciación interna muy clara entre la vertiente norte y la sur. En efecto, la vertiente norte está caracterizada por la existencia de un paisaje mucho más húmedo alcanzando índices de precipitación media superior a los 200 mm., pudiéndose llegar con relativa regularidad a los 300 ó 350 mm. anuales. A ello habrá que unir la influencia ejercida por el mar de nubes del alisio que en esta zona desciende hasta los 700 mts. recargando el ambiente de humedad, hecho por otro lado perfectamente constatable.

Estamos, pues, ante un paisaje y un medio que dentro de los parámetros insulares puede ser calificado de húmedo, lo que hace posible el desarrollo de cul-

tivos más exigentes en agua, pudiéndose permitir el lujo de sustituir la técnica del enarenado por la de los suelos descubiertos e incluso de “bebederos” y “gavias”, sin que ello quiera decir que el enarenado esté exento del paisaje de la zona alta. Es paisaje de bancales que escalan las laderas, presentando un abandono parcial y que claramente se corresponde con períodos de regresión económica.

Nos encontramos en el dominio de los policultivos de subsistencia, típicos de la zona de medianías; tubérculos, etc., cuya producción se destina al autoconsumo y abastecimiento del mercado tradicional, predominando el sistema de producción que se centra en torno al núcleo familiar.

Por lo que respecta a la zona norte-baja, concretamente a la franja costera abierta hacia el sudeste, el paisaje contrasta sobremanera con el anterior. Partiendo de una orografía mucho más suave y árida en función de unos índices pluviométricos que están en torno a la media insular. Es la zona de las tuneras y de la cochinita, de las gavias abando-

nadas y de los antiguos cultivos de tabaco, de la combinación de los enarenados y las “tierras peladas”, hoy convertidas en eriales, que van evolucionando y ganando altura hasta escalar las laderas del volcán de la Corona, a través del denominado malpaís del mismo nombre. Allí hace acto de presencia el cultivo de la vid asociado en interesante simbiosis con el de tuneras.

LA ZONA CENTRO.— Estamos ante una zona que tiene unos límites claros desde el punto de vista físico, definida por el predominio del jable. Ocupa los términos municipales de Tegui, San Bartolomé, y gran parte de Tías. Es el jable un gigantesco cinturón de arenas voladoras que iniciándose en la Bahía de Penedo cruza la isla de noreste a sudoeste para morir en la línea de costa que va desde Arrecife hasta la Punta de la Tiñosa, produciendo extensas y bellas playas de rubia arena. Es la zona de aspecto más desértico y árido del conjunto paisajístico lanzaroteño. Domina casi continuamente la presencia del viento del noreste que sopla con regularidad y violencia.

El paisaje agrario vuelve a ser diferente y peculiar. Ahora el negro de los enarenados y los ocres de las tierras pedradas son sustituidas por el rubio intenso de las arenas y por la cuadrícula casi perfecta que provocan los surcos y “bardos”. La zona se encuentra dominada por el cultivo de batatas muchas veces combinado con el de melones y sandías, pudiendo aparecer también algo de cereales.

Es un paisaje monótono del que sobresalear el verde de los cultivos que dan vida al conjunto, convirtiéndolo en un caprichoso jardín cuadrículado y racional: “vida en medio de un marco en principio hostil”.

LA ZONA SUR.— Ocupa los términos municipales de Tinajo, Yaiza y Tías. Va concretamente desde el borde occidental de El Jable hasta los límites de la isla en la Punta Pechiguera. En esta amplia zona se desarrolla la agricultura más original y, por otro lado, la más conocida del conjunto insular. Estamos en el dominio de los mantos de coladas y piroclastos de Timanfaya, también de las polvorientas tierras cultivadas de tomates y cebollas en las proximidades de la costa; todos, cultivos típicos de exportación. El primero da origen a un paisaje dominado por la presencia de un intenso manto de piroclastos sobre el que “se van clavando” los cultivos en medio de una pared de socos de piedra: “goros” (pequeños semicírculos de piedra seca utilizados como protección contra el viento). Una vez más el paisaje vuelve a ser racional, analítico.

Pero si este paisaje es característico de la zona sur no lo será menos el de “enarenados” y “empolvillados” destinados al cultivo de tomates y cebollas siempre en régimen de secano como sucede con el resto de la agricultura insular. Aparecen niveles de capitalización y técnicas de cultivo algo superiores, donde los métodos tradicionales son sustituidos por un cierto índice de mecanización. Nos encontramos ante la zona agrícola de mayor importancia económica, donde la lucha entre la agricultura tradicional y la agricultura moderna, es manifiesta. Este paisaje agrario es el fruto resultante de la “simbiosis” establecida entre el hombre y el medio, al que éste descubre sus secretos a través de fórmulas de cultivo curiosas pero llenas de efectividad.

PRINCIPALES FORMAS DE CULTIVO

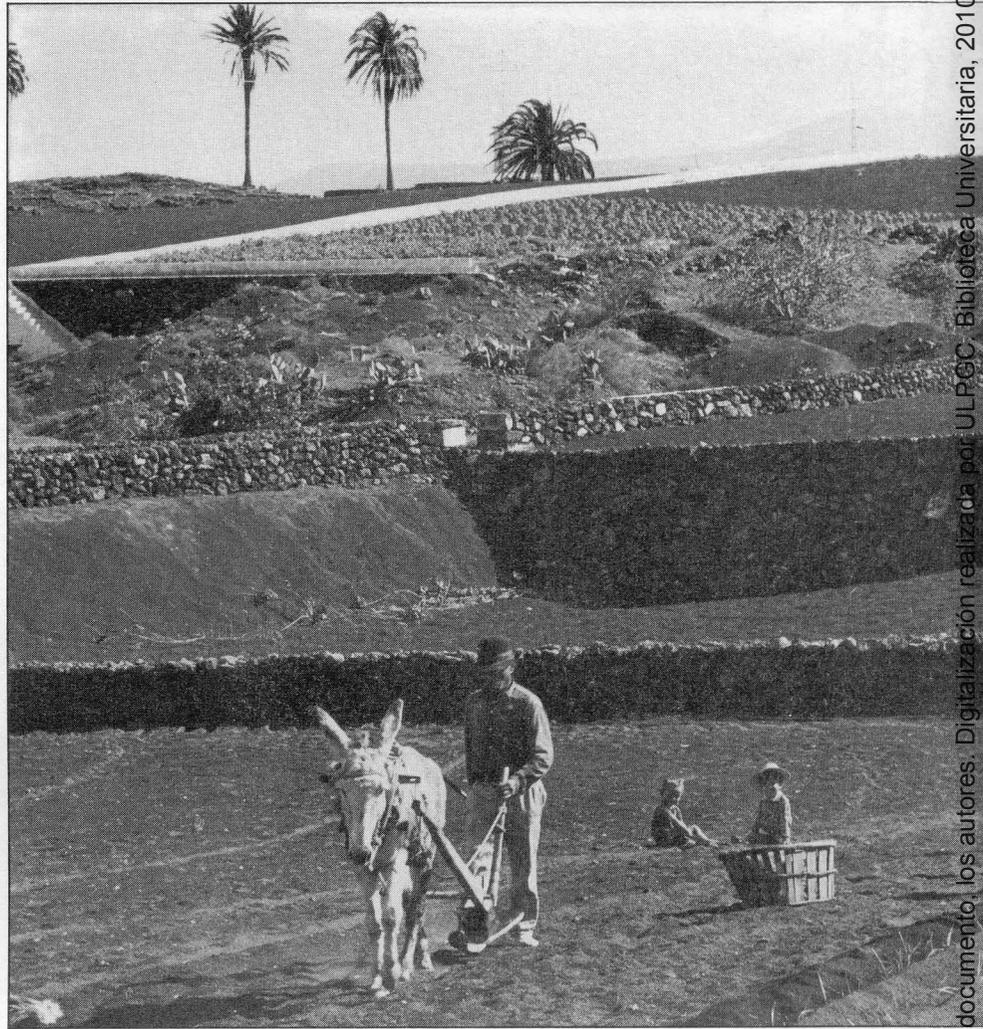
Definíamos la agricultura isleña como aquella acción antrópica donde se conjura perfectamente el hombre y el medio, fruto del cual se manifiesta sobre la geografía insular bajo unas normas y sistemas de cultivo que dan al paisaje niveles de personalidad y peculiaridad importantes.

En Lanzarote se desarrolla una serie de fórmulas de cultivo que, aunque dominadas por la técnica del enarenado, confieren al paisaje una gran variedad de formas y manifestaciones distintas. Centrándonos en aspectos puramente formales tenemos cinco maneras diferentes de cultivar la tierra, las cuales, siguiendo un criterio cronológico en la aparición de las mismas, criterio por otro lado perfectamente criticable, son las siguientes:

- a) Cultivo sobre suelos naturales.
- b) Cultivo en gavias.
- c) Cultivo en enarenado natural.

donde se producía un cierto endorreísmo, lo que lleva aparejado la acumulación de importantes volúmenes de suelo vegetal con potencias superiores a los dos metros. Estas características físicas permitían una retención de la humedad durante bastante tiempo; sin embargo, los niveles de producción y rendimiento son bastante escasos, por lo que han caído en desuso. Sólo hemos podido detectar algunos ejemplos de esta fórmula en zonas muy concretas de la depauperada región norteña y, en todo caso, su expresión es bastante marginal.

Por lo que respecta al cultivo sobre



Sembrando cebollas creando vida en un medio desfavorable al hombre.

La creatividad del campesino isleño ha determinado un “pacto sagrado” con la tierra

- d) Cultivo en enarenado artificial.
- e) Cultivo sobre jable.

Posiblemente el primero de ellos se practicaba en la isla antes de la presencia castellana, aunque según parece, la propagación definitiva del mismo se produce una vez llegan los españoles a comienzos del siglo XV. Este sistema se practicaba sobre aquellas zonas llanas

gavias puede ser considerado como una variante del anterior, en tanto en cuanto utiliza o se asienta sobre tierras de gran potencia y volumen de suelo. A grandes rasgos, el sistema consiste en delimitar una cuenca o receptáculo mediante la presencia de unos muretes de tierra, sobre la que se depositará tanto el agua de precipitación directa como la

procedente de la escorrentía canalizada convenientemente desde las zonas próximas. El agua, una vez depositada en estos receptáculos, se filtrará para ascender luego por capilaridad y dar sustento a los cultivos que sobre ella se implantan mediante fórmulas muy sencillas. Se trata de un sistema que funciona en las proximidades de los macizos montañosos antiguos (Ajaches en la zona sur y Famara-Guatifay en la zona norte), siempre relacionados con las mencionadas vegas, aunque pueden ocupar el lecho-fondo de algunos barrancos mediante la construcción de bancales escalonados a lo largo de toda la cuenca, de-



positándose en ella los limos que arrastra el barranco cuando las escasas precipitaciones lo permiten.

Por su escaso rendimiento y por la necesidad de disponer de una amplia superficie de recepción, el sistema de gavias ha sido abandonado casi por completo, quedando algunos ejemplos en el valle de Femés y en el de Fena, ambos en la zona sur (término municipal de Yaiza).

Si estos dos últimos sistemas venían caracterizados por el alto nivel de abandono motivado por su escasa productividad, las siguientes fórmulas de cultivo que vamos a analizar serán todo lo contrario, si lo observamos bajo la óp-

El lanzaroteño ha sabido crear vida en un marco inicialmente hostil

tica de lo que significa una agricultura tradicional o semi-avanzada de secano, y los consiguientes bajos rendimientos que de ello derivan.

En este sentido tenemos que referirnos en primer término al cultivo sobre enarenado natural. Para ello nos remontaríamos al momento en que se dan las erupciones del complejo volcánico de Timanfaya, un fenómeno fortuito y caótico que provocó una auténtica revolución en el sector agrario isleño. Así, lo que en principio fue caos y ruina se convirtió en riqueza y esperanza. Más de 200 kilómetros cuadrados de la mejor tierra de la isla fue cubierta por los productos volcánicos (arroja un volumen de piroplastos próximo a los 5 Km^3), con espesores superiores a tres metros que cubrieron la denominada zona de La Geria o Vega Grande, convirtiendo sus fértiles tierras en “un negro mar de cenizas volcánicas”. Sobre éste el campesino isleño, luchador infatigable, iba a realizar el milagro de hacer brotar nuevamente la vida. Las funciones específicas de esta capa de piroclastos se pueden sintetizar en:

1º.— La mullida capa de piroclastos permite una rápida filtración del agua a las capas profundas del suelo, sin que se pierda por los típicos fenómenos de escorrentía superficial o por el efecto de evaporación provocado por la incidencia de los rayos del sol directamente contra el suelo (recordar el régimen pluviométrico torrencial y los altos grados de insolación que se producen en la isla).

2º.— Realiza un claro efecto termoregulador, manteniendo el suelo vegetal a una temperatura uniforme durante las 24 horas del día.

3º.— Por otro lado, la capa de piroclastos recoge la humedad del rocío durante la noche; Lanzarote participa de un elevado número de noches de rocío debido al elevado índice de humedad relativa que suele alcanzar medias próximas al 90% durante la mayor parte del año.

Al igual que sucede sobre jable, la capa de piroclastos también realiza un gran aporte de minerales en una clara función de intercambio entre ella y el suelo vegetal.

Estas funciones de la capa de piroclastos permiten el desarrollo de una serie de cultivos “casi milagrosos” entre los que destaca el de la vid, que da al paisaje una personalidad y originalidad considerable, construyendo la zona de La Geria como “una colosal empresa

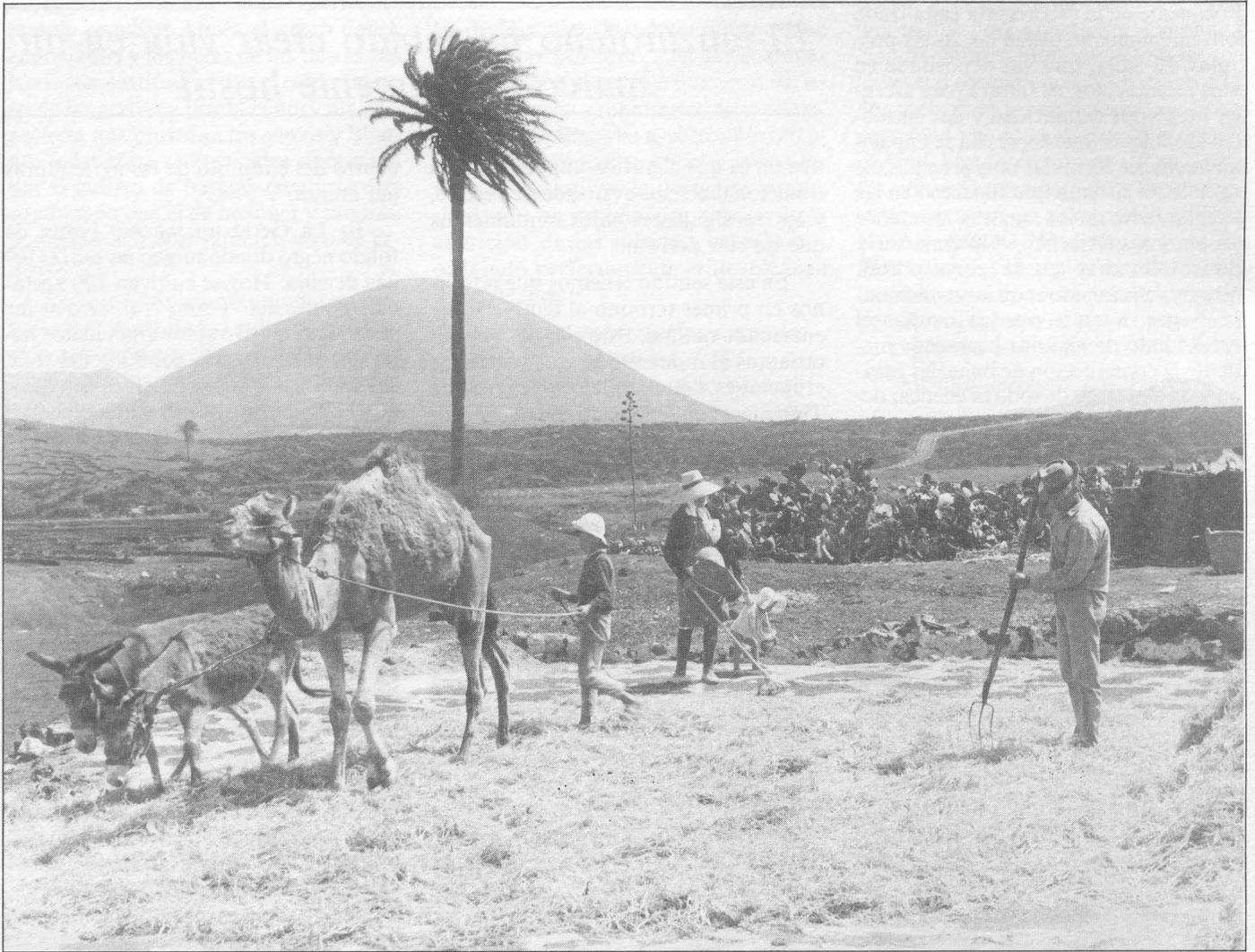
dentro del conjunto de las agriculturas del mundo”.

Es La Geria un ingente jardín de fondo negro donde surgen las parras llenas de vida. Hoy se cultivan 200 hectáreas y antes del “boom” turístico de los años 70, el cultivo sobre enarenados naturales suponía más del 50% del total cultivado en la isla. Si bien cabría decir que hoy más que nunca y atendiendo a planteamientos estético paisajísticos, la geria parece sobrevivir, sin embargo, el cultivo de la vid, debido a sus escasos rendimientos, polemiza con las cuestiones estético-paisajísticas y provoca que su futuro peligre considerablemente, siempre que no se siga el principio de “renovar conservando”. Hoy se plantea como alternativa la transformación de La Geria mediante la disminución de la potencia del “picón” de cara a una posible mecanización que abarate los costos productivos y que aumente su rendimiento.

Dentro del cultivo de la vid tenemos que hacer obligada mención a los viñedos que se desarrollan sobre los suelos volcánicos del malpaís de la Corona, donde se aprecia el curioso fenómeno de la asociación viñedo-nopal, compartiendo el mismo “goro”. Según hemos podido saber, al margen del complemento alimenticio que suponen los higos picos, habría que buscar las causas de esta asociación: primero en la función generadora de suelos que realiza el nopal (raíces destructoras del terreno pedregoso), por otro lado, al ser el nopal una planta poco exigente en aguas, apenas perjudica a la parra y, debido a su capacidad para retener el calor gracias al contenido en agua que tienen sus pencas, aporta la temperatura suficiente para la óptima fructificación de la parra (no olvidemos las exigencias de temperatura de este tipo de cultivo, a lo que hay que unir la relativa frecuencia con que se producen bajas temperaturas relativas en esta zona norte). Estamos por tanto ante una relación que puede ser calificada de “simbiótica”.

Una variante, fruto de la transposición espacial y temporal del enarenado artificial, la encontramos en la existencia de los denominados enarenados artificiales, auténtico revulsivo de la agricultura isleña. Responde a unas técnicas que son el fruto de acumulaciones empíricas ancestrales.

Un enarenado artificial consiste en la aportación de un suelo vegetal (obtenido en las zonas de vegas) sobre una superficie previamente aplanada en el que después de un tiempo al sol, se deposi-



Una imagen prácticamente desaparecida en la isla el cultivo tradicional del trigo.

tará una ligera capa de estiércol para culminar la obra con una capa de picón de unos diez centímetros de espesor que en definitiva provocará los mismos beneficios de los que hablábamos para el enarenado natural. En este sentido el funcionamiento de la capa de picón, como decíamos será siempre el mismo pero condicionado y ajustado a un espesor concreto en evitación de aumento de los niveles de trabajo empleado. Así, se han producido una serie de mejoras que a grandes rasgos pueden ser sintetizadas en una perfecta adaptación de la capa de picón a las distintas labores que requieren los diversos cultivos.

A fin de cuentas y pese a las variaciones y clasificaciones que se pueden realizar dentro de los enarenados artificiales, el funcionamiento va a ser siempre el mismo: amortiguar el balance hídrico. No olvidemos que en Lanzarote los niveles de evaporación pueden alcanzar 1.567 mm. anuales (para suelos pedregales), mientras que el aporte hídrico rara vez alcanza los 200 mm.; por lo tanto, el balance hídrico, de no mediar la función del enarenado, sería claramente negativo.

Hoy el enarenado artificial, se ha convertido en una forma esencial de la agricultura isleña, centrándose en torno

al cultivo de la cebolla donde en los últimos 10 años la superficie cultivada ha pasado de 853 hectáreas a las más de 1.400 que se cultivan en la actualidad, obteniéndose niveles de producción que en temporadas buenas puede alcanzar las 25.000 toneladas. De esta forma, el enarenado artificial se ha convertido por méritos propios en el más fiel caracterizador del paisaje lanzaroteño y sin el cual es imposible entender el desarrollo de la agricultura isleña.

Ya por último, y no por ello menos interesante, hablaremos del cultivo sobre jable. Un curioso sistema que tendrá su manifestación espacial en el cinturón de arenas voladoras que atraviesa la isla de Lanzarote de noreste a sudoeste, cubriendo la tierra madre con espesores o potencias superiores a los dos metros. Estas arenas son de origen organógeno (moluscos y foraminíferos), muy ricas por lo tanto en materias útiles para los cultivos. Una vez más el ingenio del campesino isleño ha sido capaz de desvelar los secretos del medio.

La función más importante que realiza esta capa de arena al margen de la fertilización, es la de procurar una rápida filtración de las escasas pero torrenciales precipitaciones que se dan en la zona, evitando a su vez la acción direc-

ta de los rayos del Sol sobre el suelo y la consiguiente evaporación.

A título puramente informativo sería interesante establecer una diferenciación en función de la pureza de este jable, que varía según la proporción de arcilla que contenga. Así, podemos hablar de jable puro cuando el contenido de arcilla esté por debajo del 20%.

El cultivo que domina la zona del jable es el de la batata, obtenida a través de la técnica conocida como "el ahoyado". A grandes rasgos consiste en preparar el terreno removiendo la capa de jable dos veces al año por medio de un arado, luego mediante un rastrillo se van haciendo calles limpias de malas hierbas y piedras que quedan acumuladas a ambos márgenes de las mismas. Sobre estas calles y con un marco de 1,5 por 1 metro se hace un hoyo de unos 30 por 50 cms. de ancho y con una profundidad variable, procurando en todo caso alcanzar "la tierra madre" donde se depositará una cierta cantidad de estiércol y sulfato amónico, para luego cubrirlo todo con el jable húmedo que se había sacado. Se forma un pequeño montoncito donde se plantará la "rama", aportándose luego algo más de jable y algunas pequeñas piedras que tratarán de "asocar" a la pequeña planta. Cuando



Campeñinas de Lanzarote.

ésta alcance un desarrollo determinado, serán retiradas nuevamente. Finaliza este complicado sistema mediante la colocación de “los bardos” (alineaciones de material vegetal seco, centeno principalmente, que funciona como cortaviento).

Todas estas características nos ponen de manifiesto la existencia de unas técnicas de trabajo que convierten a la zona del jable en un auténtico laboratorio: Alineaciones perfectas, trabajos minuciosos, simetría llevada a sus últimas consecuencias son otros tantos valores que pueden ser apreciados en el paisaje agrario de este lugar.

Por último, como resultado y conjugación de estas técnicas tenemos unos resultados sorprendentes. Después de seis meses y con precipitaciones medias de unos 140 mm., los resultados son realmente impresionantes: pueden obtenerse más de 8.000 kilogramos de batatas por hectárea, producto que en la mayor parte será enviado a Inglaterra donde se cotiza como fruto muy preciado.

VALORACIONES ECONÓMICO-SOCIALES

La agricultura de Lanzarote queda encuadrada dentro de las agriculturas típicas de secano participando de unos ni-

veles productivos que pueden ser considerados muy bajos si se compara con el resto de las agriculturas de las islas, no sólo por su condición de secano, sino, sobre todo, por los sistemas de explotación que sobre ella se articulan. Sistemas y modos de producción fuertemente arcaicos y tradicionales, apreciándose una cierta diferenciación entre aquellas explotaciones familiares, donde se produce prácticamente para consumir y donde los niveles de capitalización son bajísimos por no decir inexistentes y aquellas explotaciones donde se aprecia una cierta movilidad del capital al amparo de explotaciones que pueden ser calificadas como semicapitalistas, destinadas por lo general al cultivo de exportación por excelencia: la cebolla. Estas explotaciones aparecen sobre el paisaje agrario insular en forma de “grandes terrazgos” que contrastan considerablemente con la atomización generalizada que caracteriza la estructura de la propiedad de la tierra en la agricultura familiar-tradicional. Entre estas dos fórmulas de diferente orientación productiva, se establecen relaciones sociales de producción muy interesantes que se ponen de manifiesto en el intercambio de mano de obra que la primera aporta a la segunda, la cual por otro lado se apoya en el

funcionamiento progresivo del sistema obrero campesino, lo que permite el funcionamiento del sector agrario en la isla de Lanzarote. La producción de la isla se centró en el auténtico monocultivo exportador: la cebolla, que provoca a su vez la práctica desaparición de la agricultura familiar-tradicional, fenómeno que se detecta en plena década de los 70. Actualmente se cultivan unas 1.400 has. de este producto con un rendimiento medio de 9.400 kg. por hectárea.

En definitiva, una agricultura de bajos rendimientos y la consiguiente escasez de productividad provoca que la renta del sector agrario insular quede minimizado frente a los aportes de otros sectores económicos de la isla, fenómeno que a su vez lleva aparejada la pérdida progresiva del interés por el sector agrario, frente al notable incremento que han experimentado otros sectores como la pesca o el turismo. Hoy, de las 41.714 has. de superficie útil, la superficie agrícola es solo la mitad, concretamente 22.031 hectáreas. El valor del producto bruto agrario es de unas 87.704.338 ptas. aproximadamente (datos referidos al año 83).

ALFREDO DÍAZ GUTIÉRREZ
Lcdo. Geografía e Historia